

HISTORIA DE UN CAMPO DE TRIGO

Hubo una vez un campo de trigo que se erguía vigoroso sobre una tierra que, recientemente, había sido bautizada y liberada de los sarracenos que la cultivaron durante unos siglos que ahora estaban condenados al olvido. Por eso, ahora solo os nombro al cristiano viejo que fue propietario de aquellas tierras. Su nombre era José Ortuño nacido en una localidad del norte y que había sido fiel soldado del caballero Juan de Villaescusa, a la postre conquistador de aquellas tierras. La valentía y arrojo de José en el campo de batalla le valieron el reconocimiento de D. Juan que a modo de premio le entregó aquel campo de trigo que ahora cultivaría para su señor, pudiendo disponer del excedente de las rentas que este último le exigía.

José tenía tres hijos. El mayor de ellos era Miguel aguerrido muchacho que había combatido junto a su padre, el segundo se llamaba Fernando y había visto luchar a su padre y hermano sintiendo gran respeto hacia ellos (quizá de un modo temeroso) por la valentía con la que habían defendido su vida y la de su hermano menor de nombre Virgilio.

Juntos iniciaron el trabajo en la tierra, arando, sembrando, recolectando. Unos cambiando la espada por el arado y la azada. Otros viendo como aparecían los primeros cayos en sus manos. En cualquier caso, su trabajo les permitía alcanzar el premio de la cosecha y las rentas que procedían de la venta de la misma entre la población vecina que incluso una vez pagada la renta al Señor D. Juan daba para algunos lujos mundanos como comerse un buen cabrito asado de vez en cuando.

No os confundáis. A pesar de lo que os pueda parecer la convivencia no era fácil y a veces las disputas surgían. En ocasiones por el modo en que José organizaba las tareas del campo. Otras veces porque su padre no siempre repartía el fruto del trabajo del mismo modo. A veces les daba un poco más y los tres aceptaban contentos y brindaban en la taberna. Cuando por algún motivo recibían menos, simplemente se quejaban en las mismas mesas donde otras veces se congratulaban de la escasa generosidad de su padre.

Así, transcurrieron los días, los meses y los años. El campo cada vez daba más y mejores frutos y las rentas eran mayores. Pero la suerte es caprichosa y un buen día decidió serles esquiva. Una mañana José no despertó. Sus hijos fueron a su alcoba al ver que no se presentaba en el granero para iniciar una nueva jornada de trabajo. Le encontraron con los ojos abiertos, pero sin vida.

La noticia corrió por aquellas tierras y se celebraron unos multitudinarios funerales con la presencia del Señor de aquellas tierras D. Juan. Y aunque todos guardaban el debido respeto al difunto aún no había sido enterrado cuando todos empezaron a preguntarse...

¿Cuál de sus hijos heredaría las tierras? Unos opinaban que debía ser el primogénito. Otros creían que si bien Miguel lo merecía sus hermanos no debían quedarse sin nada y apostaban porque Miguel ocupase el lugar de su padre como administrador de aquellas tierras y sus hermanos siguieran trabajándolas. Había otros que pensaban que como hijos que eran de José todos tenían el mismo derecho a aquellas tierras. Pero El Señor D. Juan de Villaescusa tenía otra opinión.

Al día siguiente a los funerales les mandó llamar y los tres hermanos, Miguel, Fernando y Virgilio se presentaron respetuosos ante su Señor. Besaron su anillo y esperaron con la rodilla en tierra y la cabeza gacha hasta que D. Juan les dio la venia con un gesto de su mano derecha indicándoles que se acercasen.

- Hijos míos, acercaos – dijo con ternura.
- Mi señor... – respondieron al unísono.
- Sé que en estos momentos tan difíciles rondan muchos pensamientos por vuestras jóvenes cabezas. Y que vuestros oídos escuchan más cosas de las que debieran.
- Nuestro futuro es incierto – dijo Miguel – pero estamos en vuestras manos ya que las tierras son vuestras.
- Cierto es – respondió D. Juan
- ¿Y que pensáis hacer mi Señor? – preguntó con la voz temblorosa Fernando.
- Ha sido una decisión difícil porque las bocas que susurran a vuestros oídos, gritan en los míos y hay muchos meritorios que desean ser recompensados con esas tierras.
- Pero nosotros, junto con nuestro padre, hemos trabajado esa tierra durante años – argumentó Virgilio – tenemos derecho a seguir trabajando esas tierras y nosotros sabemos gobernarlos para que nuestro campo de trigo siga otorgándoos las rentas necesarias.
- No tengo ninguna duda querido Virgilio, pero compartirás conmigo que es necesario que vuestro buen trabajo sea dirigido de la forma adecuada y ¿a quien debo elegir?

- Os recuerdo – intervino Miguel – que luché codo con codo junto a vos y mi padre por liberar estas tierras de los moros.
- ¿Y no han trabajado tus hermanos codo con codo contigo para que la tierra que entregué a vuestro padre se convirtiese en un fértil campo de trigo? No hijos míos, no daré a ninguno de vosotros el campo de trigo. Me lo quedaré yo, vosotros lo trabajareis y será mi Recaudador Bernardo Gracia quien administrará las rentas.
- ¿Y como lo hará buen señor? – dijo Fernando
- Confío en su buen juicio.
- ¿Entonces nos dejas sin nada? ¿Nos niegas el derecho que tenemos sobre esas tierras? – dijo Virgilio dando un desafiante paso adelante.
- No os niego nada y tal vez sea mejor que vuelvas junto a tus hermanos. No me gustaría tener que tomar decisiones desagradables para todos.
- ¿No recompensaras en modo alguno todos mis años de servicio Señor? – dijo Miguel.
- Bueno... recibiréis las mismas rentas que os daba vuestro padre y si demostráis en el futuro la capacidad para hacer el trabajo con la devoción y el respeto que merece mi escudo, retiraré a Bernardo y el campo de trigo será dividido en tres partes iguales que os serán entregadas en propiedad.
- ¿Y que hemos de hacer para ello mi Señor? – preguntó Fernando
- Ya lo habéis oído, primero trabajar y luego esperar.
- ¿Cuánto tiempo mi Señor? – espetó Virgilio
- El que yo estime oportuno.

– Espero que valoréis la sangre derramada en defensa de vos – dijo Miguel.

– Tal vez lo haga, y ahora retiraos.

Los tres hermanos abandonaron el castillo y caminaron en silencio durante buena parte del camino que les separaba de su casa y el campo de trigo.

– ¿Qué vamos a hacer? – se lamentó Fernando

– Lamentablemente no nos queda más remedio que trabajar y confiar en D. Juan – dijo Virgilio

– D. Juan no nos respeta – espetó Miguel – olvida todo lo que hemos trabajado. Me niego a cruzarme de brazos después de haber derramado mi sangre por él.

– Tenemos que esperar Miguel, ya has visto su reacción cuando me he encarado con él. He visto en sus ojos deseos de ordenar mi ejecución sin vacilar.

– Deberíamos volver y hacerle tragar sus palabras.

– ¿Cómo vas a hacer eso? – intervino Fernando.

– Un puñal en su garganta ayudaría.

– Y acabaríamos ejecutados – respondió Virgilio – esperemos y veamos que pasa, siempre hay tiempo de cortarle el cuello.

– Sí, sí, esperemos – continuó Fernando – al menos, seguiremos trabajando el campo de trigo y disfrutando de las rentas que proporciona.

– Eso si ese Bernardo Gracia no se queda con todo – dijo Miguel.

Llegaron a casa y durmieron con dificultad. Al día siguiente se presentó Bernardo Gracia y empezó a ejercer como Administrador de la Hacienda, los

días pasaron y los hermanos se dieron cuenta de que los conocimientos de Bernardo eran amplios, aunque ninguno de ellos relacionado con las tareas propias del campo, las cuales dejaba en sus manos. Sin embargo, conseguía vender el trigo que ellos recolectaban aunque desconocían al precio que lo hacía ni las rentas que ahora acababan en las arcas del Señor de Villaescusa. Llegó el día en que Bernardo les entregó su parte que resultó ser menor que cualquier cantidad que las había entregado su padre.

- ¿Qué es esto? – protestó Miguel
- Jamás habíamos recibido tan pocas monedas por nuestro trabajo – le acompañó Virgilio.
- Las rentas han disminuido.
- Pero hemos recogido tanto trigo o más que antes – dijo Fernando
- Cierto, pero nuestro Señor D. Juan decidió bajar el precio para que todo su pueblo pudiese comprar trigo. Además, sus Majestades los Reyes requieren más dinero de nuestro Señor para liberarnos de la amenaza sarracena.

Permanecieron en silencio y abandonaron el lugar para refugiarse en el alcohol de la taberna.

- ¡Maldita sea! – vociferaba Miguel – iré y le cortaré el cuello
- Calla Miguel, ¿Quién sabe los oídos que pueden estar escuchando? – advirtió Fernando.
- Hay que pedir una audiencia – propuso Virgilio – tal vez sean artimañas de Bernardo.
- No seas ingenuo Virgilio – protestó Miguel con la voz aguardentosa – acaso crees que Bernardo da un paso sin que lo sepa *nuestro Señor*.

- Tal vez tengas razón, seguro que sí, pero tenemos que tener una audiencia con D. Juan, al menos para hacerle ver nuestro malestar. Aunque simplemente sea para escuchar las mismas palabras, pero al menos que nos las diga a la cara.
- Como quieras Virgilio, pero si por mí fuera...

Pidieron audiencia con D. Juan de Villaescusa por mediación de Bernardo Gracia y esta tardó en llegar, pero lo hizo. Los tres hermanos llegaron hasta el salón de audiencias y volvieron a hincar la rodilla en tierra como hicieron la última vez que visitaron aquella estancia.

- Disculpad la espera – les dijo D. Juan sin ordenar que abandonasen su posición de sumisión – me comenta Bernardo que no estáis contentos ¿Qué os ocurre hijos míos?

Los tres permanecieron en silencio, Virgilio levantó la vista del suelo y vio que sus hermanos permanecían con la cabeza agachada.

- ¿Vais a decir algo Virgilio?
- Señor, Bernardo dice que las rentas han bajado por el menor precio que habéis ordenado y por los tributos que pagáis a sus majestades los Reyes.
- ¿Queréis que no cumpla con mis obligaciones?
- No mi Señor, por supuesto que no.
- ¿Entonces?
- Bernardo nos ha entregado unas rentas muy inferiores a las que nos daba nuestro padre.

- Entiendo que os ha entregado lo que ha podido. Las obligaciones que tenemos con nuestro pueblo y La Corona no nos permiten hacer otra cosa.
- Pero no tenemos futuro alguno con nuestra situación actual. No tenemos nada que ofrecer a las mujeres que amamos y de este modo nuestra vida se limita a trabajar la tierra para vos.
- Y esa es vuestra obligación.
- ¿Pero que ocurriría mi Señor si la tierra no se trabajase y no hubiese trigo para el pueblo ni rentas para los Reyes?
- Que os expulsaría de estas tierras y otro trabajaría ese campo de trigo, y ahora respóndeme tú ¿Dónde iríais sin tierra, ni dinero, ni trabajo? Yo os ofrecí unas tierras en propiedad, eso creo que es futuro, pero si las rechazáis no se quedarán sin dueño. Hay que esperar a que termine la guerra con los infieles y entonces serán vuestras, si no sabéis esperar a eso...

Y los tres hermanos guardaron silencio.

- El que calla otorga – dijo D. Juan de Villaescusa

Se marcharon y volvieron a hacer el mismo recorrido sin mediar palabra.

Un día llegó un jinete hasta sus tierras. Bajó del caballo y a pesar de la imponente que le otorgaban sus armas, el yelmo y la armadura, sus andares mostraban lo cansado que se encontraba.

- Buenos días señores – dijo el caballero.
- Buenos días – respondieron.
- Qué se le ofrece – dijo Miguel acercándose a él.

El caballero se deshizo del yelmo que le cubría el rostro sonriente.

– ¡Alfonso! ¡Dios mío! dichosos los ojos...

Ambos hombres se fundieron en un abrazo. Fernando le explicó a Virgilio que habían combatido juntos en la conquista de aquellas tierras.

– Te has convertido en un campesino Miguel.

– Sí, es una guerra dotada de una dureza distinta, la muerte está lejana pero los riñones se quejan como si la llevase a cuestas ¿En que puedo ayudarte?

– Voy en busca de nuestro señor D. Juan de Villaescusa para ponerme a su servicio.

– ¿Abandonáis las armas?

– No mi querido amigo, son los moros los que abandonan esta tierra de una vez.

– Os acompañaré hasta su castillo – dijo Miguel.

– Todos lo haremos – dijo Virgilio – creo que hay algo de que hablar.

– No te precipites Virgilio – le detuvo Miguel – sabes que hay que pedir audiencia, hoy no nos escuchará. Acompañaré a D. Alfonso y solicitaré que D. Juan nos reciba.

Miguel cabalgó junto a Alfonso en dirección al Castillo de Villaescusa. Alfonso separó los labios y le preguntó a su antiguo compañero en el campo de batalla.

– ¿Por qué necesitáis una audiencia tan urgente con D. Juan?

– Os lo contaré – respondió Miguel.

Y lo hizo.

Poco tiempo después D. Juan de Villaescusa concedió audiencia a los tres hermanos que volvieron a encontrarse en el salón de audiencia en la posición sumisa de otras ocasiones.

- Estoy un poco cansado de veros tan frecuentemente por aquí – dijo D. Juan – pero en fin, vosotros diréis.
- Mi Señor – dijo Virgilio – al parecer, los moros han sido expulsados de nuestra tierra.
- Es cierto, D. Alfonso, recién llegado, me ha informado al respecto.
- Por tanto, la guerra ha terminado.
- Y....
- Os recuerdo que tenéis un compromiso con nosotros.
- Siento deciros que no podré cumplirlo.
- ¿Cómo decís?
- Los Reyes, como premio a D. Alfonso, le han entregado la propiedad de las tierras que trabajáis.
- Pero las tierras son vuestras.
- ¿Queréis que incumpla una orden de los Reyes? Lo siento, no puedo hacer nada por vosotros, pero estoy seguro que D. Alfonso permitirá que sigáis trabajando sus tierras.
- ¿Sus tierras? – espetó Virgilio, dando a la vez un paso adelante y desfundado una pequeña daga.

Virgilio avanzó un par de pasos pero repentinamente una punzada en su costado izquierdo le detuvo. Sus piernas se flexionaron debilitadas y cayó boca arriba preso de una inesperada parálisis. Pudo oír a Fernando llorar a

gritos, en su campo de visión apareció su hermano Miguel con un cuchillo sangrante sujeto con firmeza en la mano derecha.

Juan de Villaescusa y Alfonso llegaron junto a Miguel que aún permanecía de pie junto al cuerpo moribundo de Virgilio. Sus manos se estrecharon con vehemencia, el caballero recién llegado le dio un abrazo a Miguel acompañándolo de unas sonoras palmadas. Miguel miraba a Virgilio con los ojos inexpresivos.

– Tú y yo haremos de esas tierras las mejores del país – decía Alfonso.

Se separaron y el caballero clavó la mirada en Virgilio.

– Sigue vivo – dijo.

A continuación, desenvainó su espada, la misma que había arrebatado la vida a cientos, quizá miles de infieles y la descargó sobre su cuello. Y luego...
Nada.

FIN.